LEOPOLDO ALAS, «CLARÍN.» *Treinta relatos*. Ed. Carolyn Richmond. Madrid: Espasa-Calpe (Selecciones Austral 114), 1983. 445 pp.

Jean-François Botrel

Con esta antología de treinta «relatos», Carolyn Richmond, editora de *Su único hijo* y autora de numerosos e importantes estudios sobre la narrativa de Clarín, ha querido ofrecer una muestra representativa del centenar de «narraciones breves o novelas cortas o cuentos» que, desde 1876 (fecha de *Estilicón*) hasta su muerte, dio a luz Clarín. Estas narraciones las publicó la mayor parte Clarín en la prensa antes de recogerlas parcialmente en volúmenes. Con dicha muestra podemos darnos cuenta de la enorme variedad de temas, ambientes, personajes, técnicas y tono de una obra narrativa indisociable en su estudio de las demás producciones intelectuales o artísticas de Clarín. Como certeramente apunta la editora, «ha llegado el momento de integrar en una gran unidad toda la obra de Leopoldo Alas (tanto la narrativa como la ensayística)». No cabe duda que la presente antología contribuye mayormente a dicha empresa.

En cuanto a la concepción de la antología, reivindica la antóloga, con total responsabilidad, una parte de subjetividad en la selección de los relatos. Ahí están aquéllos que desde su punto de vista tienen una alta calidad artística y quedan excluidos aquéllos cuyo simbolismo le parece «demasiado obvio y crudo... o los que rebosan [de] un sentimentalismo barato» (12). Víctimas de este último criterio son «Pipá» y «¡Adiós, Cordera!». También entró en línea de cuenta, lógicamente, el criterio de extensión, lo cual induce a privilegiar los más cortos, que eran, según Clarín, los más difíciles de escribir. Esto nos priva de «El cura de Vericueto», por ejemplo. Pero la subjetividad o la ley editorial no son, en el presente caso, arbitrariedad. La distribución de los relatos en cuatro secciones temáticas corresponde a exigencias de coherencia dignas del propio Clarín al concebir sus colecciones: El escritor; Las relaciones interpersonales; La religiosidad; La muerte. Queda justificado el orden en los ensayos introductorios con que se encabeza cada sección o en los breves pero muy sugestivos análisis previos dedicados a cada relato, así como en las numerosas notas interpretativas —verdaderos estudios en ciernes algunas de ellas— que alternan con las notas mera pero eficazmente aclaratorias. Muchas de estas últimas están concebidas para lectores poco al tanto de la España décimonónica e incluso muy ignorantes del latín y dan, en todo caso, las claves necesarias para unos contemporáneos que no poseen ya la cultura clásica, francesa o italiana de un Clarín.

Con todo este aparato crítico a mano, puede uno, después de una primera o de una nueva —¡siempre nueva!— lectura de los relatos, dedicarse a otro placer no menos estético aunque más crítico: el del análisis y de la explicación del placer, el de la interpretación, pensando precisamente en aquella «visión integral» propugnada por Richmond.

De la lectura global (textos de Clarín rigurosamente establecidos y textos de la antóloga) se desprende la presencia de todo un juego de correspondencias o intertextualidad entre los relatos y textos de escritores, franceses sobre todo, pero también con futuros textos como *La Regenta* y *Su único hijo* y aun escritos periodísticos, como en el caso de «Un documento», incomprensible sin referirse a «Del naturalismo». Tales vínculos permiten seguir la evolución de Clarín como escritor y, más aún, adentrarse por la complejísima personalidad de Leopoldo Alas.

Las constantes resonancias autobiográficas que se encuentran en los relatos seleccionados y en otros, hacen que la exteriorización estética nos remita a la interioridad del escritor. Surge éste como solitario e incansable, personaje para sí mismo, obsesionado por la dualidad entre la literatura y la vida, pesimista, de un pesimismo desesperado. Se ve esto en «Reflejo» al comprobar la imposibilidad de comunicar un hombre de carne y hueso para quien todo parece quedar resumido en lo que sentencia «Vario»: «el vivir es escribir y el escribir, vivir», para no morir acaso. Así, pues, la primera sección dedicada a la visión del escritor es ya anuncio del final de

la antología, sobre la muerte, «arroyo subterráneo en toda la obra de Clarín», como dijo Juan Antonio Cabezas. Pero «El entierro de la sardina», meditación carnavalesca sobre la muerte, es tal vez, ante todo, el entierro de la felicidad. La fúnebre aventura de faldas de Mamerto en su trágica soledad en compañía de la fiscala («El caballero de la mesa redonda») —una mano apretada a la hora de morir— nos recuerda, a través de su negación definitiva, las historias de amores y adulterios imposibles, la voluptuosidad reprimida, la comunicación que hubiera podido establecerse, la felicidad que hubiera podido darse. Se trata de un patetismo difícil de olvidar, sobre todo cuando las apariencias, como en «La perfecta casada», sugerían la serenidad. Esto desemboca en el desengaño supremo, en la muerte, y sugiere la respuesta a la interrogación de Richmond sobre «cuánto hay del hombre Leopoldo Alas en sus obras de ficción» (103).

La tercera sección, dedicada a la religión, es acaso la clave de todo esto aunque la más difícil de interpretar. Escribe Richmond que de los pensamientos y, sobre todo, de los sentimientos religiosos de Leopoldo Alas sabemos muy poco, pero la obra de Yvan Lissorgues, *La Pensée philosophique et religieuse de Leopoldo Alas* (París: CNRS, 1983), publicada después de que aparecieran los *Treinta relatos*, permite comprender la importancia y la permanencia de esta dimensión y preocupación de casi cada instante en la vida de Clarín. Este, de alguna manera, es el sacerdote de «El Señor», con todas sus inhibiciones y virtudes, y vive una religiosidad interiorizada que ha de desembocar —pero, ¿desemboca?— sobre la verdadera felicidad, la interior que, a nivel artístico, es poesía, como en «Doña Berta».

Todo esto, y mucho más aún, sugieren los *Treinta relatos* seleccionados y estudiados por Carolyn Richmond, en detrimento, tal vez, de los aspectos estrictamente estéticos de esta «prosa poética» que, según Gonzalo Sobejano, caracteriza la novela corta y el cuento literario de signo novelístico en la obra de Clarín. Muchas ganas nos quedan de poder tener, por fin, una edición integral y cronológica de todas sus narraciones breves, por muy sentimentalistas o simbolistas que sean algunas. No cabe duda de que la ciencia y el talento manifestados por Richmond en su edición de *Treinta relatos* la designan para tan ingente y apasionante cometido.

Université de Rennes 2